

LA HUERTA MAPUCHE Y LA HUERTA CAMPESINA COMO TERRITORIOS FEMENINOS DE RESISTENCIA

MAPUCHE AND PEASANT VEGETABLE GARDENS AS FEMALE TERRITORIES OF RESISTANCE

Ana Millaleo Hernández

Doctora en Ciencias Sociales y Magíster en Estudios de Género y Cultura con Mención en Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Socióloga Universidad Arcis. Académica Instituto de Investigación y Posgrado, Facultad de Ingeniería y Arquitectura, Universidad Central de Chile.
• ana.millaleo@ucentral.cl

Claudia Márquez Thomas

Doctora en Geografía y Medio Ambiente, Université Paris 7 Diderot. Máster en Medio Ambiente, Medios, Técnicas, Sociedades (EMTS), MNHN Paris. Licenciada en Ciencias y Artes Ambientales y Ecóloga Paisajista Universidad Central. Académica Instituto de Investigación y Posgrado, Facultad de Ingeniería y Arquitectura, Universidad Central de Chile.
• claudia.marquez@ucentral.cl

RESUMEN

Las huertas familiares de autoconsumo, mayormente conducidas por mujeres, representan refugios bioculturales de importancia para la sustentabilidad de los territorios, siendo valoradas como formas alternativas de practicar la agricultura. A partir de un diálogo entre las huertas mapuche y campesina, pretendemos dar cuenta de los roles y significaciones que estas poseen para los cuerpos femeninos que ahí circulan. Nos acercamos al espacio huerta desde dos perspectivas de análisis, una etnografía activista y militante y una etnografía clásica, desde el lugar de observación diferenciado que habitamos como investigadoras, generando en la conversación una comprensión de ambos tipos de huertas y su habitar desde la práctica y lo simbólico. Pensamos las huertas como un territorio femenino de resistencia que se enfrenta a las amenazas socioambientales contemporáneas, siendo necesario explorarlas desde una perspectiva de género interseccional para lograr comprender la complejidad territorial, histórica y racial que compone el territorio huerta.

ABSTRACT

Family vegetable gardens for self-consumption, mostly run by women, represent important biocultural refuges for sustainability of the territories, being valued as alternative ways of practicing agriculture. Starting from a dialogue between the Mapuche and peasant gardens, we aim to give an account of the roles and meanings that they have for the female bodies that circulate there. We approach the garden space from two perspectives of analysis, an activist and militant ethnography and a classic ethnography, from the differentiated place of observation that we inhabit as researchers, creating through conversation an understanding of both types of gardens and their habitation from practice and the symbolic. We think of vegetable gardens as a feminine territory of resistance that faces contemporary socio-environmental threats, making it necessary to explore them from an intersectional gender perspective to understand the territorial, historical and racial complexity that makes up the orchard territory.

[Palabras claves]

huerta mapuche, huerta campesina, mujeres, cuerpo-territorio, prácticas de resistencia

[Key Words]

Mapuche vegetable garden, peasant vegetable garden, women, body-territory, resistance practices

Recibido 03/10/23 / Aceptado 07/12/23 / Versión final 26/12/23

La huerta se vuelve el refugio para el alma, cuando llegamos caminando sin orientación hacemos tierra y nos vemos envueltas en el cariño y la abundancia y nos llenamos de aromas y olores, es verdad que la huerta es generosa, con tan poco que le entregamos se llena brotes y flores que nos invitan a tomar esta awita para limpiar, otra para regenerar otra para quitar dolores y espasmos, otras para la circulación y para fortalecer el kalul y otras nos subirán la lívido y otras que inducen sueños lúcidos, mezclas de hierbas que nos dan salud espiritual... y la memoria todavía vivida en nuestros cuerpos... con estas hierbas sano.

Ailhén Aillapán

Mi terreno lo heredé de mi padre que lo obtuvo de la Reforma Agraria... Yo nací en ese espacio, viendo cómo mi papá sembraba, para comer y para volver a sembrar el siguiente año... Mi mamá tenía su huerta en la casa, ella tenía de todas las verduras que uno necesita, y aparte ella ponía flores por todo el alrededor del huerto. Desde niña estuve con mi madre ahí en el huerto, ayudándole a limpiar, aprendiendo cómo ella sembraba, cómo ella plantaba sus verduras... A mí siempre me gustó sembrar, ver que tú siembras y después lo que sale es un producto que tú te lo puedes comer con confianza, porque es lo que tú siembras, y sabes lo que estás sembrando, y sabes lo que estás comiendo... Hay variedades antiguas que uno de repente rescata y que mantenemos... Guardar semillas es como volver atrás... Cada semilla y cada sabor que uno prueba, me lleva a la infancia. Cada flor que veo, y es una flor antigua, me lleva a la infancia.

Patricia Miranda Faúndez

Introducción

En el contexto latinoamericano de una agroindustria alimentaria con efectos negativos sobre la biodiversidad y la salud humana (Fonseca, 2019), en las últimas décadas se han revalorado formas alternativas de practicar la agricultura, centradas en autoconsumo y una relación de mayor retroalimentación con el territorio y la naturaleza, como elementos de identidad individual y colectiva (Bowen et al., 2012; Contreras, 2019; Portela, 2018; Wahren y Schwartz, 2020). En contextos rurales, esta agricultura de subsistencia y sus prácticas sustentables, son llevadas a cabo principalmente por mujeres en el seno de la agricultura familiar campesina e indígena, en una relación no extractiva con la tierra, que resiste a la imposición y efectos de la agroindustria y otras formas de mercantilización (re)patriarcales (Bottici, 2022; Federici, 2020; Rincón et al., 2016).

En el espacio de la agricultura familiar campesina e indígena, mayormente femenina, destacan las huertas (Barreau y Ibarra, 2019; De Luna, 2016; Ibarra et al., 2019a). "Las huertas pueden actuar como verdaderos refugios bioculturales ya que, por una parte, ellas pueden albergar variedades de plantas tradicionales en riesgo de desaparecer, y por otra, pueden ser espacios únicos para resguardar y darle continuidad a conocimientos, lenguajes y prácticas tradicionales y ecológicas transmitidas activamente de generación en generación en el diario quehacer" (Cortés et al., 2019, p.1), siendo claves para el desarrollo sustentable de los territorios y para fortalecer localmente aspectos de bienestar e identidad (Ibarra et al., 2019a). Estos espacios huerteros son también construcciones culturales, cuyas diferencias se explican por valores culturales, preferencias estéticas, costumbres, género y economías de las personas, aspectos poco estudiados (ver Galluzzi et al., 2010).

En el ámbito nacional es común hablar de las huertas familiares indígenas (mapuche) y campesinas (Muñoz-Sáez et al., 2019). En este artículo, a partir de tres preguntas eje, pretendemos hacer conversar estos dos tipos de huerta y, también, dos formas de comprensión del territorio: la huerta mapuche en Wallmapu¹, desde la doble reflexividad de una investigadora partícipe de los imaginarios que se comparten desde la mirada mapuche; y la huerta campesina (el caso de Paine en la zona central²) desde una mirada etnográfica clásica. Entendemos ambos territorios como espacios de conocimiento femenino donde circulan imaginarios particulares de comprensión del espacio huerta, que, si bien conviven en la actualidad, creemos poseen características propias que pretendemos poner en diálogo. Para eso, proponemos una mirada interseccional, por ser un concepto que desde la práctica nos obliga a mirar “cómo los diferentes ejes de diferencia (por ejemplo, sexo, clase social, edad, nacionalidad, entre otros) se articulan en niveles múltiples y crucialmente simultáneos” (Caro, 2017, p.127), contribuyendo de alguna forma a la descripción compleja de la huerta como espacio de enunciación y de resistencia de las corporalidades femeninas en los territorios.

1.- ¿Cuál es la historia de estas huertas, cómo es su conformación territorial y qué elementos las componen?

Tukukawe – Huerta Mapuche

El territorio mapuche ha sobrevivido a varias transformaciones, a partir de los procesos de colonización y usurpación territorial hasta hoy, producto de varias legislaciones desde “*Títulos de Merced (Ley de Radicación Indígena entre 1884 y 1929) hasta el Decreto de Ley N° 2.568 (1979)*” (Barreau & Ibarra, 2019, p.128), que han reducido amplios territorios comunitarios a propiedades individuales. Esto ha afectado las relaciones entre las familias mapuche, pero también ha implicado una transformación en la relación de estas y su entorno natural. Así, se han modificado prácticas relevantes en la comprensión territorial, como las de recolección libre, otrora parte relevante del sustento familiar comunitario. El libre desplazamiento territorial, destacado como un factor relevante del desarrollo económico mapuche (Bengoá, 2000, p.156) está estrechamente vinculado a la comprensión del territorio, no como una propiedad sino como parte fundamental de la existencia y sobrevivencia de su pueblo, en la libertad de no estar atado a un sistema productivo y de explotación de la tierra, siguiendo el ritmo y los ciclos de la misma.

“El Tukun es el concepto que se utiliza en el pueblo Mapuche para denominar a la Huerta, en el Tukun se refleja la cosmogonía del pueblo que se expresa en la forma, disposición y tipos de planta que componen la huerta, en el uso del calendario lunar para la siembra y el trasplante, la orientación de cultivos, la transmisión oral del conocimiento e idioma” (Chehuacura et al., 2010, p.3).

En la antigüedad se sembraba en espacios no delimitados, que no eran propiedades individuales ni tampoco se encontraban inmediatamente cercanos a las viviendas, por lo cual no contaban con vigilancia. “Aprovechando el favorable paisaje arau-

cano, estos ocupan, desde épocas tempranas, principalmente los claros de bosque, aprovechando terrenos cercanos a fuentes de agua, ya fueran mallines, lagunas, vegas, etc.” (Bobadilla, 2021, p.50). Estas siembras se desarrollaban de forma colectiva, al igual que las cosechas, y funcionaban de igual manera que la recolección libre. Pascual Coña (2010), en su testimonio de vida de fines del siglo XIX y principios del XX, da cuenta de la variedad de alimento que era posible recolectar de manera libre y en abundancia: “Traíamos también los frutos de los michayes, del mulhuén y las frutillas; además la cebolleta del campo, la doca, los chupones, la parrilla silvestre, las bayas del maqui, las drupas del boldo, las pichas, los cóguiles, los pepinos (del copihue), las murtas y manzanas. De la cordillera se buscaban los muy apetecidos piñones” (p.45).

En la memoria y relato de las mujeres mapuche, al preguntarles por la huerta, es recurrente recordar la importancia de la recolección libre de frutos, hongos y *lawen*³, como un elemento fundamental de la alimentación familiar y del intercambio. En la actualidad, la huerta mapuche ya es parte del paisaje *ruka*⁴, parte fundamental del hogar, ya que convive y se nutre de ese espacio anteriormente libre, que, pese a los cercos que dividen las distintas propiedades particulares, las mujeres insisten en seguir recolectando. ellas ven en la huerta un resguardo de esas especies nativas, que observan que están siendo amenazadas por las plantaciones de especies foráneas, que ponen en peligro la biodiversidad originaria. Por esto, la composición de la huerta mapuche, además de constituirse en una fuente de alimentación del hogar, también trata de reproducir este espacio libre de recolección a pequeña escala, como una “restauración a escala doméstica” (De Cortillas y Olea, 2023), encontrando en ellas *lawen* silvestre que han ido rescatando de los entornos cercanos, pero que cultivados en el espacio huerta están vinculados a resguardar la memoria de este espacio libre, que trae de vuelta tiempos antiguos y asegura la continuidad de un conocimiento heredado.

“Las huertas mapuche estaban inmersas en una matriz frondosa, con gran biodiversidad, rodeadas de extensos espacios de bosque, en estas se recreaba un microcosmos alimenticio que se mimetizaba con el paisaje. En este espacio femenino de crianza, las semillas y las plantas no eran consideradas objetos, sino en su integridad como otros seres presentes en la experiencia cotidiana” (Mellado, 2014, p.7). Como relata Berta Quintreman (2013): “Hay que hablarle a las plantitas porque son vivas igual como nosotros [...] El copiwe es el espíritu mío”. Ella se refiere a una flor que había cultivado en su huerta junto a otras plantas medicinales, dando a entender que la flor “copiwe” es extensión de su ser mapuche y corporalidad en la huerta. Hay que cuidar la planta porque está viva, pero no tan solo como un ser independiente, sino como la continuidad de su propia existencia: si el copiwe está bien, ella también lo estará. La espiritualidad como lectura de la huerta es un elemento distintivo de la huerta mapuche, ya que desde este marco interpretativo es un espacio en donde se reproduce la cultura y la identidad.

Otro elemento que caracteriza la huerta mapuche es la utilización de cercos vivos, generalmente arbustos, que también forman parte del entorno natural, y que cumplen una doble función ornamental y, en algunos casos, también son *lawen*, con la idea de no interrumpir con el cerco el flujo de la vida y el entorno.

1 Entenderemos Wallmapu como el territorio ancestral mapuche, desde el Valle del Cachapoal hasta el archipiélago de Chiloé. Los elementos aquí referidos aluden a ese territorio en su globalidad.

2 La Comuna de Paine se encuentra en la Región Metropolitana, alrededor de 47 kilómetros al sur de la ciudad de Santiago, limitando con la Región de O'Higgins.

3 Medicina.

4 Casa tradicional mapuche, de construcción vernácula.

Las flores y sus colores, si bien cumplen un rol ornamental al embellecer el espacio, desde una perspectiva simbólica contribuyen a esta visión amplia de la huerta no tan solo como espacio alimenticio sino como un lugar de estancia. En el "huertear", las flores generan un espacio agradable, sus aromas traen consigo un lugar de descanso y armonía que convive con quienes trabajan la huerta en el hogar, generalmente cerca de bancas o troncos que sirven de asiento y refugio después de un día de trabajo en la huerta. Muchas de esas flores son intercambiadas entre las huerteras, primando la búsqueda por mayor diversidad cromática de las especies florales. En algunos casos, en donde la huerta coexiste con la apicultura, se preferirá cultivar

especies florales y aromáticas que sirvan a las abejas en la producción de miel. También es importante tener en cuenta las tareas u oficios de las mujeres mapuche huerteras, ya que dependiendo de estas se incorporarán lawen u otros, por ejemplo: si la *lamngen*⁵ se dedica al trabajo en *witral*⁶, lo más probable es que en su huerta nos encontremos con plantas que sirvan al teñido natural de las lanas; en el caso de las *lawentuchefe*⁷, predominarán plantas o alimentos que tengan una funcionalidad medicinal para distintas partes del cuerpo o *kutran*⁸. Así, el huerto actuará como una extensión del conocimiento, donde recurrirán de acuerdo a las necesidades que se les presenten en el desarrollo de su oficio, la huerta siendo entendida como un complemento en el quehacer mapuche al interior de las comunidades (Imagen 1).



Imagen 1: Huertas mapuche en Wallmapu ancestral: Chiloé (a), Osorno (b) y Santiago (c). Fuente: Gladys Millapan, Angélica Linco y propias.

5 Hermana mapuche, trato entre mujeres y de las mujeres hacia los hombres.
 6 Telar mapuche.
 7 Persona conocedora de la medicina ancestral mapuche por medio del lawen.
 8 Enfermedad.



Huerta campesina- caso de Paine

En la comuna de Paine, la agricultura es la principal actividad económica⁹ (I. Municipalidad de Paine, 2014). Esta cuenta con una larga historia y tradición, iniciada desde el período precolumbino alfarero temprano (ver Portela, 2018), uso de la tierra indígena sobre el cual los españoles desarrollaron su agricultura y tipos de propiedad (Cunill, 1970; Bengoa, 2015). Siguiendo el recorrido de la historia rural nacional, al origen de la gran propiedad se sucederán en el territorio el sistema colonial de encomiendas, mercedes y estancias (siglos XVI y XVII), que diezmaron la población indígena, dando paso en el siglo XVIII al latifundio agrícola y ganadero de la hacienda, que irá poblando el valle central con su abusivo sistema de hacendados, jornaleros e inquilinos –capas mestizas de población–, alcanzando su mayor desarrollo en el siglo XIX tras la independencia (Cunill, 1970; Bengoa, 2015).

En Paine existieron diversas haciendas (ej. Chada, Aculeo, Lo Águila, El Tránsito), las que tras dividirse, entrado el siglo XX, por herencias familiares, dieron origen a distintos fundos como Águila Norte, Águila Sur, Pintué y Rangue (Portela, 2018). En el fundo tradicional, con su estructura de grandes paños de cultivos cercados (potreros), combinados con ganadería (Rioseco et al., s/f), el inquilino, que podía provenir de otros territorios agrarios, participaba de las labores de la actividad productiva del fundo y en la propia como “mediero” con el patrón. Por esto, se le entregaba también una casa y un espacio, “la ración”, para la subsistencia de su familia. Estos espacios de siembra estaban a cargo de la madre del hogar: “Donde mi mamá había una parte que sembrábamos, y sembrábamos de todo, [...] era una “chacra”, porque ahí uno le pone de todo y en cualquier parte, no por orden [...] para el gasto de la casa. Y lo picábamos... yo lo picaba a pala con mi mamá, [...] y por los tíos y los vecinos aprendí a arar con los caballos, como a los 10 años. [...] Por los viejos de ahí, los tíos, y con mi mamá que íbamos haciendo el huerto” (C. Mardones, en Portela, 2018, p. 41-42). Se formaba así, en la gestión de estos espacios de autoconsumo, una relación de solidaridad entre las familias inquilinas, intercambiando técnicas y fuerza de trabajo, herramientas y semillas.

“Mi mamá tenía su huerta en la casa, ella tenía de todas las verduras que uno necesita, en la casa. [...] Y frutales, había de todo [...] Tenía una hilera de verduras y una hilera de flores, así. [...] Es como, como lo que hace uno ahora, eh, uno tiene corredores biológicos” (PM, Águila Sur, diciembre 2021). Se sembraban en estas huertas porotos, maíz, papas, habas, arvejas, pepinos, cebollas, zapallo, lentejas, tomates; alimentos que debían “alcanzar a llegar a la otra cosecha”, y que podían complementarse comprando solo “la harina para el pan”. También se criaban ani-

males: “Mi mamita, ella siempre tuvo vacas, tuvo caballos, tuvimos caballos, de todo, criaba ella. Entonces con eso ella iba dándose vuelta, teniendo, teniendo” (MR, Águila Sur, julio 2021). Las huertas eran cedidas siempre que siguiese funcionando el trato con el “patrón”, pudiendo el inquilino y su familia ser expulsados del Fundo, o bien, solicitárseles cambiar de lugar, incluso si la explotación familiar estaba “armada”.

Con el gran cambio socio-territorial y productivo de la Reforma Agraria (1962-1973), los otrora trabajadores indígenas, luego inquilinos, medieros o afuerinos, dieron paso a los campesinos. La expropiación y división de los fundos patronales dotó a la pequeña agricultura campesina de tierra de producción propia para venta y autoconsumo, recibiendo en algunos casos, la propiedad de las casas (Portela, 2018). La organización de sindicatos fue dando lugar a los asentamientos en la comuna, donde recibían una importante –aunque insuficiente– asesoría técnica (fertilización, herbicidas, alfabetización, créditos para maquinarias, herramientas y semillas). Estos espacios mantuvieron una asociatividad y transmisión entre locales y afuerinos, fortaleciéndose un sentido de pertenencia con el lugar y la tierra. Además del terreno común, se entregaba un espacio aproximado de 8 a 10 hectáreas por familia, no estando el proceso exento de dificultades internas (Portela, 2018).

En el período de la Contrarreforma (1973-80), el régimen dictatorial depuso el sistema de trabajo comunitario y la organización social campesina, dividiendo la tierra en parcelas para ser trabajadas por cada familia (Portela, 2018). El sistema económico neoliberal instaurado, significó una muy desigual competencia para los campesinos de la zona central (Zagal, 2018), dejados ahora “a su suerte” y endeudados por los créditos adquiridos en el proceso de la Reforma. Esto llevó a la mayoría de ellos a vender su tierra por muy poco dinero, muchas veces a sus antiguos dueños, logrando mantenerse “los más pillos” o con mejores tierras. De acuerdo a cifras de Bengoa (1983, en Zagal, 2018) más del 60% de los predios expropiados a nivel nacional fueron devueltos, quedando los campesinos con un 33% de las tierras (parcelaciones). Muchas de las antiguas familias “dueñas de Paine” se mantuvieron, y concentran hoy la mayor cantidad de tierras comunales, especializándose en empresas frutícolas exportadoras¹⁰ (Portela, 2018). Para eso invirtieron en tecnología de intensificación (monocultivos) con sofisticadas infraestructuras de producción y riego (Rioseco et al., s/f), la competencia por el agua, yendo en desmedro de la pequeña agricultura (Portela, 2018).

Así, las explotaciones campesinas se fueron dividiendo, loteándose entre familiares o vendiéndose como parcelas de agrado. Estas últimas han aumentado fuertemente las últimas décadas en Paine, con una expansión urbana no planificada¹¹, agravando aún más la falta de agua, dejando a familias de algunas

9 De acuerdo con el último Censo Agropecuario, en 2007 Paine era la segunda comuna de la Región Metropolitana con la mayor cantidad de explotaciones agropecuarias con tierras y en actividad (11,2%), después de Melipilla (datos INE 2007, citados por Márquez et al., 2022).

10 En 2007 el cultivo de frutales en la comuna representaba el 48,4% de su superficie (INE 2007 en Márquez et al., 2022).

11 El área rural de la comuna albergaba el 25% de la población comunal censada en 2015 contra un 35,7% en 2017 (Portela, 2018)

localidades sin poder cultivar. Por todos estos factores, hoy existe una dinámica de regresión de la superficie agrícola comunal (>3.500 hectáreas entre 1995 y 2016; Pliscoff, 2020), estando la pequeña agricultura campesina en posición minoritaria hasta hoy¹².

En este contexto comunal adverso, y a pesar de su baja rentabilidad, esta agricultura heredera de la Reforma Agraria ha logrado sobrevivir junto a sus saberes y prácticas comunitarias. Las huertas familiares para el sustento familiar, iniciadas en el sistema de chacras coloniales, son un referente importante de lo que hoy es la Agricultura Familiar Campesina (AFC; Chonchol 2003 en Portela, 2018). La AFC es una forma de organización del trabajo agrícola basada principalmente en el trabajo familiar, por lo que, independientemente de sus características, sus decisiones de producción y de consumo no se separan (ver Berdegú y López, 2017), estando relacionada generalmente con prácticas agroecológicas (Fernández et al., 2019; Márquez et al., 2022), por lo que ha recibido especial atención en la última década. En Chile, la AFC representaba en 2007 un 92% del total de las unidades de explotación agrícola del país, aunque corresponde a un grupo productivo altamente vulnerable (Contreras et al., 2016) que ha sufrido una pérdida de peso relativo desde 1997 (Berdegú & Rojas, 2014).

Las huertas familiares de estos pequeños agricultores se definen, así, como refugios bioculturales (Barthel et al., 2013; Urra y Ibarra, 2018). A partir de observaciones de trabajos previos realizados en Paine (Márquez, 2022; Márquez et al., 2022), podemos describir la huerta como un espacio mixto y auto-complementario, que en una pequeña superficie combina árboles frutales, surcos de hierbas hortícolas diversas, en asociaciones de cultivos (ej. poroto y maíz), hierbas medicinales y otras especies silvestres, tradicionalmente consideradas malezas, que sirven muchas veces al control biológico. Los cultivos van rotando en los distintos ciclos anuales, pudiendo coexistir

con paños en barbecho. También se cultivan plantas para alimentar animales (ej. maíz para gallinas). Las distintas formas de crecimiento presentes (herbáceas rastreras, trepadoras, erguidas) determinan una diversidad estructural, muchas veces reforzada con estructuras de soporte (Imagen 2).

El espacio de la huerta-explotación (Imagen 2) suele contar con un invernadero y un espacio de guarda de semillas, y de existir animales, con gallineros, colmenas y establos o pesebreras. Estos distintos espacios están integrados o bien cuentan con separaciones ligeras para la gestión. Según las condiciones del territorio, algunas huertas colindan o se encuentran muy cerca de cerros, islas o laderas con vegetación natural. La producción de estos espacios puede ser solo para alimentación familiar o bien complementarse con actividades económicas como venta de productos hortícolas, hierbas medicinales, biopreparados, cosmética natural y alimentos. Las especies y etnovariedades presentes responden a estos distintos usos, aunque también puede haberlas sin uso específico, cultivadas por valores ornamentales u otros. También puede mantenerse la huerta por el placer de cultivar: "Tengo un pedacito ahí donde entretenerme algo. Entonces ahí, hago algo. Porque si no, me aburro después" (MR, Águila Sur, julio 2021).

2.- ¿Cuál es el rol de las mujeres en estas huertas?

Tukukawe – Huerta Mapuche

Al interior de la cultura mapuche, la huerta se configura como un espacio femenino, y actualmente, de autonomía económica para las mujeres, mientras que las plantaciones asociadas al trigo o a las papas están vinculadas a las masculinidades mapuche. La huerta y los productos que ahí se cultivan y se intercambian están determinados por la huertera, la mapuche *domo*¹³ que los planta y cosecha. Otro aspecto importante es la participación de las infancias mapuche en el huerteo de algunos de sus cultivos, siendo incluidos en esa microeconomía: son responsables del cuidado del territorio huerta y también, si es que



Imagen 2: Huertas campesinas en Paine: Águila Sur (a) y Rangue (b). Fuente: propia.

12 En Paine las explotaciones agrarias con menos de 20 hectáreas (más del 80% del total), ocupaban en 2007 solo el 12,8% del suelo; mientras que las grandes explotaciones (>2.000 ha) con solo el 0,2% de las explotaciones, ocupaban el 26,3% de la superficie comunal (INE 2007 en Márquez et al., 2022).

13 Mujer.



existe algún intercambio o venta de lo cultivado, pueden acceder a las ganancias y utilizar esos recursos para sus necesidades, logrando un espacio autónomo por medio de la huerta.

La participación de los hombres mapuche en la huerta se realiza de manera previa, siendo quien prepara el terreno para su desarrollo posterior, tal como es descrito por Saavedra & Ruiz (2021): “En este espacio, el hombre también tiene un rol en momentos específicos, especialmente a la hora de establecer la huerta, en labores de cercado, en la preparación de suelo, entre otras labores que requieren un mayor esfuerzo” (p.101). Esto varía, sobre todo en las configuraciones familiares, en donde no hay masculinidades presentes, pudiendo ser las mujeres quienes realicen todo el trabajo o lo hagan mediante alianzas familiares, *mingako*¹⁴ u contrataciones externas al grupo familiar por medio de pago.

Más allá del rol productivo que en la práctica pueda tener en la economía familiar mapuche, la huerta por sobre todo es un espacio reproductivo, pues representa donde se genera la vida, reservorio de la espiritualidad mapuche: “Tener un espacio dedicado al cultivo de ciertas especies, de acuerdo a la lógica de la huerta mapuche, consiste en cohabitar en armonía con los seres que existen en el entorno” (Bobadilla, 2021, p.61). Ahí donde veíamos en el territorio mapuche el *Itrofil mongen*¹⁵, se nos obliga a vivir en comunidades, en donde ya no es tan fácil poder encontrar esa contemplación espacial amplia. Nuestra mirada tiene el deslinde de la propiedad privada, y es por eso que vemos y reproducimos el territorio a través de la huerta, como espacio donde se produce la vida, trayendo cerca de

nuestra existencia las energías movilizadoras que hacen posible nuestra existencia en el presente. Por tanto, cuando vemos una especie al interior de la huerta, no tan solo vemos un producto agrícola, sino un espíritu que puede representar alguna energía protectora hacia quien dedica su corporalidad a protegerla en la cotidianeidad. Es el todo en un espacio reducido, cada elemento en la huerta mapuche tendrá una interconexión entre sí, como también con la huertera.

El hombre mapuche históricamente se ha desarrollado hacia un afuera, constituyéndose en un puente de comunicación entre la sociedad hegemónica y la cultura propia. En ellos se basan los imaginarios históricos construidos respecto a la cultura mapuche, lo cual los mantuvo en una exposición constante que modificó sus roles de género en tanto se iban permeando en su interacción con la otredad (Millaleo, 2020, 2022). Esto es observable en sus transformaciones estéticas en fotografías históricas, que los muestran vestidos con sombreros y trajes confeccionados con tela, abandonado su vestimenta tradicional, mientras que las mujeres mapuche, al encontrarse en el espacio doméstico, menos atractivo para quienes escribieron y escriben la historia, pudieron resguardar conocimientos que hoy nos sirven para la subsistencia. Es bien sabido que lo cotidiano y útil para la vida nunca ha sido algo fundamental para las bases del conocimiento occidental, o por lo menos así fue hasta hace muy poco. Hoy la finitud y escasez de los recursos naturales ponen en el centro estos conocimientos de los que somos guardianas las mujeres originarias, y donde nuevamente nuestros cuerpos como reservorios de conocimiento se ponen en disputa. “Las mujeres poseen conocimientos acabados sobre las hojas, los frutos, los tubérculos, las semillas y las plantas comestibles. Así también conocen los distintos usos, lugares y estaciones del año donde encontrarlas” (Núñez, 2014, p.28).

14 Trabajo comunitario o colectivo.

15 Todas las formas de vida, humanas o no.

La reproducción de la vida asociada a la mujer mapuche está vinculada a los antiguos *piam*, reservorios de la historia oral mapuche, los cuales son interpretados como leyendas desde la mirada occidental, pero que dentro del imaginario tradicional mapuche son hechos de etapas muy antiguas de la historia de este pueblo. Una de ellas es el *piam* de *wangülen*¹⁶, que da cuenta de la fuerza femenina y que se asocia al crecimiento de las plantas y la vida: “Pero en aquellos entonces el Mapu era desnudo y estéril. Todavía no conocía el verdor de la hierba [...] tan solo estaba la roca desnuda y la tierra árida que se extendían bajo el cielo y donde siempre era noche en aquellos tiempos antiguos [...] Fue entonces que la primera mujer empezó a caminar [...] y donde la primera mujer apoyaba su pie desnudo, entonces surgía un rayo de luz y la tierra ya no era estéril y en la huella de su pie brotaban hierbas y flores. Así ocurría porque la mujer engendra la vida” (Trivero, 2014, p.43-44).

El cuerpo de la mujer mapuche es el origen de la biodiversidad ancestral, y por tanto se le reconoce un conocimiento y poder sobre la germinación de toda la vida en esta tierra. La huerta mapuche, como reservorio de la biodiversidad, es parte y extensión de ese conocimiento, “Hay algo de ellas en cada hortaliza, un componente que se hace extensivo a la cocina y al lawen (remedio de hierbas medicinales)” (Núñez, 2014, p.32-33).

En esta idea, Barreau e Ibarra (2019) “revelan lo significativo que es el rito de “huertear” para las mujeres mapuche; un rito sanador de crianza mutua en el que semillas, plantas y humanos se nutren en continuas generaciones en un espacio donde reina la fertilidad” (Ibarra et al., 2019a, p.25).

Huerta campesina- caso de Paine

El rol de las mujeres a cargo de la huerta de autoconsumo cedida al inquilino (ración) fue clave en las economías familiares en el período final del régimen hacendal del siglo XX. “Entonces tenía que haber una sincronía entre el esposo y la esposa para poder hacer toda la pega y mantenerse. [...] Es un valor bien importante que tienen las mujeres antiguas, nosotros también por eso, en nuestra familia, la mami Rosa también tiene esa fuerza, finalmente, ¡de no tener nada, siempre había de todo! Se las arreglaban de alguna manera” (JA, Águila Sur, julio 2021). Esta actividad huertera significó para las mujeres un aprendizaje de prácticas y actividades que los hombres realizaban fuera del hogar (Zagal, 2018). La madre era ayudada por sus hijos e hijas, pudiendo el hombre (padre/hijo) participar de las tareas más duras, como el arado de la tierra. Se trataba de un trabajo intenso, pues además del cultivo de vegetales –desmalezado, riego y cosecha–, criaban pollos, chanchos, cabras u otros animales, además de faenar sus subproductos, como queso y mantequilla, para su autoconsumo o venta (Tinsman, 2017). A esto se sumaba el trabajo doméstico y otras labores que podían realizar fuera del espacio de la huerta¹⁷. El sistema del inquilinaje descansaba en esta jerarquía de género familiar del trabajo agrícola femenino no remunerado (Tinsman, 2017).

Las mujeres dan cuenta de una fuerte solidaridad familiar en la época, por ejemplo, apoyándose entre parientas en caso de que sus numerosas/os hijas/os quedasen huérfanos de padre; y también de una fuerza y “garra” para soportar el trabajo y las injusticias. Su propia conciencia del arduo trabajo realizado y de su valor, podía reforzar en algunos casos la maltratada dignidad del marido inquilino: “Entonces le dijo mi vieja, mi mami le dijo, viejo, le dijo, vámoslo, vámoslo. Yo no me quedo aquí. [...] La patrona decía, pero Carmen ¿cómo te vas a ir? No po’, si a mi viejo lo trataron de ladrón, yo me voy. Patrona, le dijo, aunque me tenga que ir al río a hacerme un rancho, dijo, pero ahí me voy con mi gente y mis animales, porque esos son míos, me los ha costado a mí, le dijo” (MR, Águila Sur, julio 2021).

La labor femenina cambia con el fin del inquilinaje. De acuerdo a Tinsman, la Reforma benefició mayormente a los hombres campesinos, marginando a las mujeres, que tuvieron un rol complementario en la construcción de comunidades de apoyo en espacios de aprendizaje y socialización (juntas de vecinos, centros de madres). Durante la Contrarreforma se les incorporó al trabajo asalariado en las agro-empresas frutícolas, a la vez que el mismo sistema empobrecía y precarizaba el mundo agrícola campesino, volviendo a ser fundamentales en la supervivencia familiar (Tinsman, 2017), a través de los conocimientos aprendidos en su trabajo huertero (Zagal, 2018). Lo anterior dio paso, durante y tras la Dictadura, a movimientos de organización femeninos en los distintos territorios (Tinsman, 2017). Durante este período, las mujeres permitieron contar igualmente con los recursos necesarios para el trabajo agrícola (animales) y, luego, cumplieron un rol de defensa de las tierras adquiridas para sus hijas/os, cuando muchos hombres comenzaron a venderlas, por verse agobiados por las deudas, o porque les fue gustando “tener plata en el bolsillo”.

Acercándonos a la situación actual, la huerta campesina se posiciona en el ámbito de la AFC, donde las mujeres son en mayor proporción jefas de la explotación en Latinoamérica, reactivando las economías rurales a través del trabajo femenino (FAO, 2014; INDAP, s/f). En Chile, las mujeres a cargo de explotaciones familiares son alrededor de un 30% y las generaciones jóvenes entre ellas son una minoría (ver Cardemil, 2023). Así, muchas de las mujeres huerteras encontradas en Paine rondan los 60 años, y a pesar de contar con varios/as hijos/as y nietos/as, llevan el trabajo de su explotación solas, apoyadas a veces por sus maridos u otro miembro de la familia. Tras trabajar en empresas frutícolas o semilleros comunales, por cambio de situaciones familiares (herencias), varias retomaron el trabajo de la huerta en sus propias explotaciones, comenzado a recuperar, hace más de una década, las prácticas agroecológicas de sus madres/padres y abuelas/os. Hoy, en estos espacios diversos, la pluriactividad de la huerta sigue caracterizando a estas agricultoras campesinas, muy activas a pesar de sus años: “Bueno, yo tengo hierbas medicinales, tengo hortalizas, poquito porque ahí uno va sacando para el consumo, [...] y el excedente que queda se va vendiendo, y ahí uno va poniendo frutas también, pueden ser también las sandías, los melones, los granos, que porotos [...] tengo gallinas [...] si hay frutas, si hay tomate se hace mermelada o se hace salsa, [...] ¡tengo una cantidad de semillas! [...] porque guardando, guardando, [...] cómo que voy en decadencia, porque el cuerpo ya no responde a lo mismo de antes [...]” (MC, Hospital, agosto 2021). Esta labor femenina familiar diversa contrasta con el trabajo agrícola comercial, más asociado a hombres: “Por ejemplo este mismo niño de Los Hornos, él es pura sandía, ¿ya? Él lo único que ve son sandías.

16 Estrella.

17 Las mujeres podían trabajar directamente para el fundo como temporeras en la cosecha y encajonado, en labores domésticas en la casa de los patrones o bien como “lecheras” (ordeñadoras), trabajo realizado por las abuelas desde muy niñas. Esta última labor fue parte del trabajo de un pequeño porcentaje de mujeres inquilinas hasta inicios del siglo XX, que disminuyó posteriormente con la mecanización de las lecherías (ver Tinsman, 2017).

Yo no p’o, yo veo frutillas, veo ají, veo pimentones, veo pepinos, veo lechugas, veo acelgas, veo repollos, brócolis, eh, nabo, [...] desde que yo me puse delicada, él [el marido] tomó todo a cargo, [...] ahora que me tocó a mí solo, me dice, es mucha la pega aquí” (VG, Rangué, agosto 2021).

A lo anterior se suma el trabajo asociativo femenino y su relevante rol en la transmisión del conocimiento campesino relativo a las prácticas huerteras, aunque no exclusivamente, existiendo también transmisión a través de padres y abuelos. Por tanto, en la creciente masculinización del sector rural latinoamericano, se observa que territorios con estrategias de inserción económica favorables a mujeres se vuelven más inclusivos, sostenibles y económicamente más dinámicos, con una valoración de los saberes, tradiciones e identidad territoriales, de cuyo conocimiento ellas son portadoras y transmisoras (ver Cortínez, 2016).

3.- ¿Cómo se configura la huerta como un espacio de resistencia?

Tukukawe – Huerta Mapuche

La huerta mapuche en sí misma es un espacio de resistencia, ya que rememora la biodiversidad existente en la memoria del territorio ancestral mapuche. Es la representación a escala de la libertad en la recolección, del libre tránsito, de aquello que estaba a mano y está siendo amenazado por la introducción, cada vez más devastadora, de especies como el pino y el eucalipto, que han transformado el paisaje mapuche, húmedo y lleno de colores, en un desierto: “La introducción indiscriminada de plantaciones forestales de origen extranjero trajo una serie de externalidades que impactaron fuertemente en la calidad de vida de las comunidades mapuche en su conjunto” (Bobadilla, 2021, p.63). Es por esta razón que, en el gusto y el placer vinculados al trabajo en la huerta, lo colectivo vuelve a ser central, se transforma en un deber de subsistencia identitaria; ya no es tan solo plantar, sino rescatar, recuperar, reconectar con el ser mapuche. “Los hechos contextualizan un proceso en que los ecosistemas se han visto históricamente degradados en territorio mapuche; sin embargo, los herederos y actuales encarnadores de la cultura hacen viva la huerta mapuche como un espacio de resistencia” (Bobadilla, S. 2021, p.66).

Aquel *lawen* que nos encontramos en el camino lo conectamos con nuestras vidas, con lo que ya habitaba nuestra huerta, lo conectamos con la semilla que nos dio la *lamngen* de otro territorio y que está dando sus primeros brotes. La huerta es para que la cuidemos, pero cuida lo que somos, para que existamos con los *ngen*¹⁸ que la habitan. “El equilibrio natural mapuche, donde cada acción va acompañada de otra, conduce a un círculo virtuoso donde caben distintos seres que se ven favorecidos, generan el ambiente propicio para cada cual, teniendo como eje central la huerta mediante la autonomía y la autodeterminación” (Bobadilla, 2021, p.65).

La huerta mapuche puede ser también descrita como ambivalente, en el sentido de que es expresión concreta de la reducción, pero también es lo que nos queda, y lo importante de esto es cómo lo transformamos en un lugar de resguardo, para que no se pierda. La huerta es un lugar de memoria, en el hacer.

“Hace unos días un campesino le dio una alcayota. Ella le sacó las semillas, sembró algunas y repartió el resto. “Para que no se pierdan”, dice. Sabe que cuando desaparece una variedad no solo se pierde diversidad genética sino el conocimiento asociado a ella: la forma de cultivarla, de cocinarla, de utilizar su poder curativo, de entender su importancia espiritual, de guardarla” (Z. Lepin en Rodenas, 2021). La huerta se transforma en extensión de nuestro cuerpo ancestral, y nos sirve en la sanación de este cuerpo en tanto entramado colectivo e imaginario. Debemos cuidar este cuerpo de la aniquilación forzosa de la reducción, de los contaminantes y transgénicos que amenazan la vida. Por eso intercambiamos saberes que están en la memoria corporal femenina, y que no pueden estar distanciados del territorio, en el vínculo estrecho que tiene el ser mapuche con la tierra. Por eso se recrea la huerta, como el espacio mínimo para la reproducción de la vida.

En la zona andina pehuenche de la Región del Biobío en Chile se ha demostrado el rol de refugio de las huertas familiares (90% de ellas manejadas por mujeres), albergando una extraordinaria agrobiodiversidad de plantas y artrópodos, la que no se relaciona necesariamente con una mayor producción de alimentos, sino que responde a elementos de valor vivencial-cultural (Ibarra et al., 2019b). A partir de la huerta, y cómo esta se manifiesta como un reservorio de biodiversidad a pequeña escala, también han ido surgiendo roles y otras interacciones sociales en pos de la protección de las formas de subsistencia mapuche. Dentro de estos podemos destacar el de las guardadoras de semillas y los encuentros de intercambio de las mismas, denominados *trafkintun*. La huerta va generando colectividades y alianzas entre organizaciones de mujeres de diversas localidades al interior del territorio mapuche, con el objetivo de transformar el sostenimiento de la biodiversidad a través de prácticas de intercambio tradicional, intercambio que también va regenerando los lazos sociales entre la población mapuche, los cuales también se han afectado por el empobrecimiento debido a la reducción territorial, usurpaciones a manos de colonos, el Estado y las empresas madereras. “La huerta despliega también una semántica más allá del ámbito subjetivo y la dimensión técnica, al constituir una red abierta de relaciones intersubjetivas que va tejiendo una experiencia compartida del espacio femenino” (Núñez, 2014, p.35).

La huerta como espacio femenino ha permitido ir reconstruyendo las interrelaciones e instituciones femeninas mapuche, olvidadas por los procesos de colonización, a partir de los intercambios y el trabajo conjunto entre mujeres; trabajo que se daba anteriormente de manera natural por la estructura familiar propia, como la poligamia y la familia extendida, lo cual se fue modificando al implementarse el Estado chileno, el registro civil y la escuela como espacios que impusieron la familia nuclear como eje articulador de la sociedad dominante. El trabajo de las mujeres mapuche va tejiendo articulaciones vinculadas a estas corporalidades extirpadas de la memoria chilena, y nos permite también generar un reservorio de conocimiento de la feminidad mapuche inscrito en nuestros cuerpos, conectándonos con el de las ancestras, sanando las heridas coloniales de apropiación del territorio mapuche y del cuerpo de sus mujeres como primer espacio de conquista.

Las huertas campesinas y sus prácticas, mayormente llevadas por mujeres, constituyen espacios de resistencia desde muchas aristas. Primero, con su trabajo en la huerta de autoabastecimiento cedida por el sistema hacendal, que definimos como un primer espacio de resistencia frente a su precariedad y abuso. En estas chacras familiares, la función de la madre en la alimentación de la familia era tan vital que, incluso, permitían a una mujer viuda sobrevivir con varios hijos (Portela, 2018). Luego, con lo aprendido en la huerta de subsistencia, la integración de las mujeres a la industria del trabajo frutícola puede verse como una extensión de la dominación masculina de los roles de género (Zagal, 2018), pero también les permitió llevar sustento a sus hogares en ese precario escenario agrícola. La huerta se comportaba y se comporta como un espacio de autonomía para la mujer.

Igualmente, si bien muchas huertas familiares fueron desapareciendo, estas y sus “estrategias de subsistencia de antaño” aprendidas (Portela, 2018) fueron transmitidas en el núcleo familiar y los espacios de diálogo con familiares y vecinos. Este aprendizaje de la huerta, heredado y perdido en el camino, es hoy recuperado y se prolonga con más sentido que nunca, frente a la intensificación de la agricultura. La agroindustria implica para los territorios mayores costos energéticos y efectos contaminantes en el medio y las personas, llegando a considerarse una actividad extractiva que afecta a los pequeños y medianos productores y sus economías y culturas comunitarias (Contreras, 2019; Federici, 2020; Wahren y Schwartz, 2020), marginando el autoconsumo y la producción de baja escala (Ibarra et al., 2019a), implantando nuevas territorialidades que afectan la continuidad de los modos de vida campesinos locales (Armiño y Caviedes, 1997a y b; Wahren y Schwartz, 2020), además de los riesgos alimentarios asociados a su alto nivel de manipulación (Contreras, 2019). En el caso de Paine, la agroindustria se ha ido instalando de forma creciente y sus prácticas de monoproducción (uso de agroquímicos, monopolización de la semilla) han repercutido en la agricultura familiar (Portela, 2018).

Las huertas campesinas resisten la agroindustria, primero, por su rol esencial en la seguridad alimentaria con la producción de alimentos de subsistencia. En la actualidad, la AFC en nuestro país provee el 27% de la producción alimentaria y sobre un 50% de ciertas producciones fundamentales (hortalizas y leguminosas; INDAP, 2014). El aporte en la producción no remunerada para el autoconsumo de las mujeres es una actividad que realizan hasta una edad avanzada, a pesar de poseer generalmente unidades productivas de menor tamaño que hombres (Cardemil, 2023). La resistencia agroalimentaria familiar se relaciona, igualmente, con la producción de alimentos y semillas sanas, “limpias”, en sus huertas, a través de prácticas agroecológicas¹⁹ heredadas y hoy recuperadas. Entre ellas, la guarda de semillas de variedades agrícolas locales, tradicionales o criollas, que constituyen reservorios agro-genéticos adaptados a las condiciones naturales locales, minimizando el riesgo de malas cosechas (confianza en la semilla; Rivas Platero et al., 2013), y que son domesticadas y cultivadas por generaciones de agricultores/as que las mantienen para autoabastecerse (Agüero, 2015).

“Entonces [tiempos de su madre], no llegaban plagas. [...] No habían químicos que hicieran que llegaran plagas, ¡porque yo creo que con los químicos también llegan plagas po! [...], los tomates eran ricos en esa época todos. Entonces, cualquier tomate que tú guardaras era rica la semilla, era buena la semilla. Entonces... aparte que eran tratados con [...] abonos, eh, naturales, que se le echaba el guano de gallina, [...] de caballo. [...] debería haber puras semillas locales, no debería haber híbridos. [...] Las semillas locales son semillas nuestras, eh, que deberían estar en cada huerto, [...] no te pueden eh, quitar el derecho a comer de tus propias cosas. No te pueden quitar ese derecho a tener tus propias semillas, [...] guardar una semilla para tener sus propias semillas. ¡Que es lo ideal, como se hacía antes!” (PM, Águila Sur, diciembre 2021). “Porque si no la semilla se desaparece. Y la otra semilla no sirve, y lo que vamos a comer tampoco tiene la misma nutrición que tiene una semilla limpia. [...] Porque está limpia, porque no tienen químicos, porque no está sucia, no está contaminada, y como la tierra tampoco está contaminada... entonces uno sabe que está comiendo algo que no está contaminado. Está puro” (VG, Rangué, agosto 2021).

Estos aspectos se relacionan con la soberanía alimentaria: la autonomía de las comunidades locales de alimentarse de acuerdo a sus propios criterios económicos y culturales y a las posibilidades de sus territorios (Aguilera, 2014). De esta forma, la AFC y sus huertas mejoran los medios de vida, fomenta el apego y cuidado de las tierras para la próxima generación, aportando al resguardo y gestión de los recursos bioculturales rurales (FAO, 2014; INDAP, s/f). Y, en particular, la agricultura promovida por mujeres genera una mayor diversidad de cultivos para el consumo familiar, priorizando el valor nutricional y cultural de los productos (ver Cortínez, 2016).

Dada su condición de refugios bioculturales, las huertas familiares campesinas presentan también una diversidad, multifuncionalidad y complejidad estructural (distintas formas de vida y estatus de domesticación), que proveen de múltiples servicios y beneficios al ecosistema y a las personas (Galluzzi et al., 2010). Esta agrobiodiversidad aporta a la resiliencia de los agroecosistemas frente a cambios y/o desastres climáticos, u otros, que afecten el crecimiento de los cultivos (Altieri y Nicholls, 2009; Fernández et al., 2019). Estudios sobre la diversidad en huertas chilenas dan cuenta de 125 especies vegetales utilizadas, predominando plantas para alimentación y medicina, muchas cultivadas desde épocas prehispánicas (Urra y Ibarra, 2018, 2019). En huertas paininas, Márquez & Teillier (2023) han registrado altos valores de riqueza florística en solo dos localidades de la comuna, Águila Norte y Águila Sur, con un total de 130 especies en ocho parcelas agrícolas, riqueza concentrada en cinco parcelas de pequeñas/os agricultoras/es en ecológico (o en transición), con 122 especies, incluidas 21 nativas.

Las huertas campesinas de Paine son, por tanto, un espacio agrobiodiverso, de guarda de variedades y también de prácticas y saberes diversos, minuciosos, heredados, compartidos y empíricos: asociaciones benéficas de plantas, formas para germinar las semillas, métodos de control biológico, elección de fruto para la guarda de semillas, calendario lunar, condiciones de guarda, formas de desmalezado manual, maneras eficientes de riego, estado de la planta para trasplante, etnovariedades, recetas y formas de comer los productos, etc. Estas prácticas dan cuenta de un rescate de la memoria y herencia de los antepasados, de las formas antiguas de hacer, asociadas, por ejemplo, a los sabores de las variedades de antaño (“¡pero qué cosa

19 De acuerdo a datos del PRODESAL Paine contaba con al menos unas 25 familias de agricultores agroecológicos en 2018 (Portela, 2018).

más rica el poroto!, como estar comiendo poroto antiguo”) o a la diversidad del espacio huerta: “Antiguamente así se sembraba, el poroto iba guiando, [...] con maíz, zapallo, alcayota más allá, los melones a este otro lado” (MC, Hospital, agosto 2021).

Igualmente, estas prácticas huerteras femeninas dan cuenta de la estrecha relación con el mundo natural domesticado y también silvestre de estos espacios, un respeto por su diversidad y crecimiento, desde una mirada prácticamente ecosistémica también heredada: “Claro, yo le pongo más semillas de las que uno debiera poner. Se le pone, como digo yo, como decían los viejitos, para que corte el gusano. [...] Entonces si le ponías una, le pones tres. Pa’ que dos se coma el pajarito y te deje una” (PM, Águila Sur, julio 2021). “Por la babosa y el caracol [...] ¿cómo controlarlo y no estarlos matando? [...] Porque no me gusta hacerlo, porque igual tienen derecho a comer, es eso, simplemente no pueden pasar, [...] pero yo las hojas que saco se las tiro pal’ otro lado para que coman allá. [...] Si sale una mata de tomate allá la dejo, porque tengo corazón de abuelita, [...] entonces prefiero no mandar a otra persona que limpie porque hay un peumo, porque hay un boldo, porque hay una mata de, [...] entonces claro, yo voy mirando” (VG, Rangue, agosto 2021). Esta relación puede ser incluso animista, como rociarle agua a los peumos jóvenes, porque saber que está lloviendo “los hace crecer”, o considerar algunas plantas, como el ají, como “un protector guardián” que no deja pasar las malas energías.

Por último, se resiste la agroindustria con la movilización comunitaria asociada a estas huertas. El empoderamiento de las mujeres rurales, como legado de la Reforma Agraria, ha originado movimientos femeninos y organizaciones comunitarias en distintos frentes, que se entienden como una forma de resistencia colectiva (Federici, 2020). Entre estas actividades destacan las capacitaciones e intercambios de conocimientos en encuentros o por redes sociales; los intercambios de semilla formales o informales (entre vecinas/os); la comercialización de sus productos en comunas vecinas que valoran estas formas de producción (Bello, 2019). Igualmente, en la comuna se han ido implementando, desde instituciones públicas del agro y la cultura, en conjunto con las familias campesinas, proyectos de rescate y valoración de diversas variedades tradicionales locales²⁰, como un patrimonio agroalimentario y biocultural fuertemente amenazado por las variedades comerciales (Manzur, 2016). Estas incitativas no solo han permitido recuperar variedades antiguas, sino que también aportan al empoderamiento de la asociatividad territorial, al reaprendizaje de los usos y formas de cultivo de estas variedades alojados en la memoria de las/os guardianes/as, reinstalando prácticas agroecológicas en las huertas que han desmotivado la instalación de semilleros convencionales o transgénicos (Aránguiz, 2022).

De acuerdo a Portela (2018), para la pequeña agricultura de Paine, la mantención de sus prácticas campesinas sustentables representaría para las y los campesinas/os una estrategia tanto de subsistencia como de resistencia de su rubro en el territorio, creando una identidad y un sentido de pertenencia comunitarios, resistiéndose a desaparecer. Las dificultades de la agricultura campesina determinan, empero, que las nuevas generaciones no la continúen, lo que preocupa a las y los agricultores, que esperan que su descendencia pueda “seguir con el campo”.

Mientras tanto, se constata que son las mujeres las que siguen, pues “En estos tiempos como que la huerta es para las mujeres” (VG, Rangue, agosto 2021).

Reflexiones finales

La configuración de la huerta como territorio y praxis de resistencia leída desde una perspectiva de género interseccional, permite entender que en ellas no tan solo opera la variable femenina y la división sexual del trabajo como espacio de poder, sino también otras variables que complejizan el territorio huerta de acuerdo a su carga histórica y cosmogónica.

La huerta mapuche es un territorio de coexistencia intercultural, en donde se combinan dos conocimientos: el conocimiento campesino, que busca la producción a pequeña escala de alimentos y saberes para la vida y, por otro lado, la reconstrucción de un paisaje ancestral en constante amenaza, vinculado a la memoria histórica del pueblo mapuche, de ese espacio libre, sin cercos, que la propiedad privada y la introducción de especies foráneas han ido deteriorando la biodiversidad del bosque nativo. Por su parte, la huerta campesina de la zona central también da cuenta de esta interculturalidad: su agricultura de origen indígena, mestizada luego por la apropiación española, conserva esa matriz colonizadora en sus relaciones hasta hoy, en diferentes formas y actores, de la que da cuenta la resistencia campesina pasada y actual.

En el caso mapuche, la huerta es la respuesta a la reducción territorial, y representa el espacio libre que debe ser resguardado por las encargadas de la reproducción vital al interior de la comunidad; y es también una evidencia tangible y práctica en la que podemos identificar, a pequeña escala, qué significa el territorio y la tierra para los pueblos originarios, quedando claro que trasciende a una perspectiva económica y de subsistencia familiar. La huerta campesina, por su parte, representa el espacio de propiedad y supervivencia alimentaria prestado, entregado y luego perdido o bien heredado, en el contexto de disputas que simbolizan las relaciones de poder entre clases dominantes y dominadas, y entre visiones de formas de habitar, ser, ocupar, cultivar y alimentarse limpia y soberanamente en este espacio propio, en constante amenaza, portador de una memoria común de saberes, de esfuerzo, de lucha y de una conciencia comunitaria del valor y herencia de la tierra nutricia. Esta huerta femenina comprende igualmente una dimensión espiritual de observación y respeto de las relaciones ecosistémicas presentes y como memoria de la transmisión de los antepasados que refleja la huerta y las prácticas heredadas de abuelas/madres y abuelos/padres. Estos elementos invitan a replantearse la diferenciación entre las prácticas ancestrales (mapuche) versus aquellas del imaginario campesino, en términos de espiritualidad (De Cortillas y Olea, 2023), al menos en la huerta de la mujer campesina.

La recolección libre en el pueblo mapuche está vinculada a una forma de habitar el territorio, que se vio expuesta a las transformaciones producidas por la instalación de un modelo económico, las mujeres jugando un rol fundamental contra este sistema centrado en la producción, al reconstruir resistencias colectivas de reproducción de la vida y el paisaje ancestral. La huerta mapuche es el reducto inscrito en la corporalidad de las mujeres mapuche, que fue invisibilizado en la historia oficial, y que hoy se transforma en un sistema de resistencia que une estos cuerpos como una gran biblioteca de conocimiento sobre

²⁰ Ver por ejemplo Márquez et al., 2022 y el proyecto de Conagro con apoyo del FIA 2017-2020: <https://bibliotecadigital.fia.cl/handle/20.500.11944/148307>.

la generación de la vida en los territorios. Conocimientos que se han ido traspasando de mujer en mujer, y que, gracias a su desvalorización histórica y política, han sobrevivido al interés de la ciencia y su conocimiento hegemónico centrado en la racionalidad y el androcentrismo, que valida un solo tipo de saber ignorando lo históricamente asociado a las corporalidades femeninas –lo sensible, lo intuitivo–, como espacios válidos de emergencia de conocimiento. En el presente, esto nuevamente se ve amenazado debido a los giros epistemológicos que persiguen apropiarse de aquello que anteriormente parecía poco importante y que, en la práctica, ha demostrado su interés en problemas y daños socioambientales que la misma sociedad centrada en la productividad ha ido generando en los territorios. Por ello las mujeres mapuche desconfían de quienes se acercan a preguntarles por sus huertas, es un conocimiento íntimo que saben es resistencia, que la defensa del territorio huerta está en sus manos, resguardando con celo lo que ahí germina.

La mujer huertera campesina encontró en este espacio de prácticas y conocimientos un lugar de aprendizaje para asegurar la subsistencia y autonomía de su grupo familiar; y desde él experimentó un empoderamiento para defender entonces y ahora a su familia y comunidad frente a los abusos patriarcales, ya sea del hacendado o de la agroindustria. En este espacio de producción y de colaboración, cuyo valor –mucho más allá de lo económico– no se transa, las mujeres lideran hoy los procesos de resistencia en los territorios rurales frente a un campesinado que va en retroceso. Los saberes bioculturales asociados a la naturaleza domesticada y no tan domesticada de la huerta, apreciados, practicados, guardados, compartidos y transmitidos junto con el hombre campesino, abuelo, padre, esposo o hijo, revela maneras de ser y alimentarse diversas, limpias, respetuosas y adaptadas al territorio y sus ciclos naturales, libres y acordes a su propia visión y forma de vida, heredada y portadora a su vez, como su propia tierra, de la memoria de sus ancestros.

La huerta puede pensarse desde las corporalidades femeninas, transformándose su territorio en extensión y expresión de la historia que atraviesa esos cuerpos, convirtiéndolos en espacios de enunciación simbólica de un conocimiento femenino asociado a la reproducción de la vida. Esta ecología de saberes campesinos e indígenas, invisibilizados hasta hace muy poco, dan cuenta de la huerta como un espacio de autonomía, de conciencia, de gusto y placer, de calidad de vida y provisión de bienestar (salud nutricia, salud espiritual), así como de memoria y recuperación de distintas ascendencias simbólicas. En ambos casos aparece la vinculación entre la dimensión material y espiritual del territorio, como medio de reproducción de la vida. El territorio huerta como el primer cuerpo-territorio de defensa, del habitar que germina vida.

Bibliografía

Agüero, T. (2015). Variedades tradicionales: un patrimonio agrícola que debe ser protegido y valorizado. Santiago: Oficina de Estudios y Políticas Agrarias ODEPA. Recuperado de <https://www.odepa.gob.cl/publicaciones/articulos/variedades-tradicionales-un-patrimonio-agricola-que-debe-ser-protegido-y-valorizado-julio-de-2015>

Aguilera, I. (2014). "Isabel Aguilera, socióloga: "Para que exista soberanía alimentaria el uso que las comunidades hacen del territorio debe ajustarse a su deseo y no a la imposición externa". Prensa Cátedra Indígena, Universidad de Chile, Santiago.

Altieri, M. y Nicholls, C. (2009). Cambio climático y agricultura campesina: impactos y respuestas adaptativas. *LEISA Revista de agroecología*, 24(4), 5-8.

Aránguiz, J. [Invitado]. (2022). Nuevos campos Radio Minagri Agropodcast - Indap [Audio en Podcast]. Recuperado de <https://fucoa.cl/podcast/nuevos-campos-episodio-125-semillas-criollas-paininas-y-agrobiodiversidad/>

Armijo, G. y Caviedes, H. (1997a). El avance de la urbanización del campo en la Región Metropolitana de Chile y sus efectos espaciales. *Anales de la Universidad de Chile* Núm. 5: oct., serie 6.

Armijo, G. y Caviedes, H. (1997b). Vicisitudes y cambios en el mundo rural chileno: La última modernización agraria ¿La gran solución de fin de siglo? *Anales de la Universidad de Chile* Núm. 5: oct., serie 6.

Barreau, A., e Ibarra, M. (2019). Mujeres mapuche y huertas andinas: espacios de fertilidad, soberanía y transmisión de saberes. En Ibarra et al. (Eds.). *Huertas familiares y comunitarias: cultivando soberanía alimentaria* (pp.127-139). Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.

Barthel, S., Folke, C. y Colding, J. (2010). Social-ecological memory in urban gardens-Retaining the capacity for management of ecosystem services. *Global Environmental Change* 20 (2), 255–265

Barthel, S., Crumley, C. y Svedin, U. (2013). Biocultural refugia: combating the erosion of diversity in landscapes of food production. *Ecology and Society* 18 (4), 71. <http://dx.doi.org/10.5751/ES-06207-180471>

Bello, C. (2019). Ni tan campo ni tan ciudad: Transformaciones socio-espaciales al interior de la comuna de Paine, en las primeras décadas del siglo XXI (tesis de Magíster), Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Pontificia Universidad Católica de Chile. Recuperado de <https://estudiosurbanos.uc.cl/exalumnos/ni-tan-campo-ni-tan-ciudad-transformaciones-socio-espaciales-al-interior-de-la-comuna-de-paine-en-las-primeras-decadas-del-siglo-xxi/>

Bengoa, J. (2000). Historia del pueblo mapuche (siglo XIX y XX) (Vol. 7). Santiago: LOM Ediciones.

Bengoa, J. (2015). Historia rural de Chile central. Tomo I. La construcción del Valle Central de Chile. Santiago: LOM Ediciones.

Berdegú, J.A. y Rojas, F. (2014). La Agricultura Familiar en Chile. Serie Documento de Trabajo N° 152, Grupo de Trabajo Desarrollo con Cohesión Territorial. Santiago: Rimisp.

Berdegú, J.A. y López, D. (2017). Mediana agricultura y agricultura familiar en Chile hacia el año 2030. En Apey Guzmán et al. (Eds): *Agricultura chilena: Reflexiones y Desafíos al 2030* (pp. 179-202). Santiago: Oficina de Estudios y Políticas Agrarias ODEPA.

- Bobadilla, S. (2021) Historia de la huerta mapuche y sus principales cultivos. En Tapia S. (Ed.) *Tukukawe: cultivando con una mirada Labkence* (pp. 47-86). Chillán: Instituto de Investigaciones Agropecuarias INIA.
- Bottici, C. (2022). *Anarcafeminismo*. Barcelona: Ned Ediciones.
- Bowen, S., Fábrega, F. y Medel, R. (2012). Movimientos sociales rurales y problemática medioambiental: la disputa por la territorialidad. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, Vol. 11 (1), 204-225.
- Cardemil, M. (2023). El rol de la mujer en la Agricultura Familiar Campesina. Serie Minutas N° 70-23, Biblioteca del Congreso Nacional. Recuperado de https://www.bcn.cl/asesoriasparlamentarias/detalle_documento.html?id=81710
- Caro, P. (2017). Desigualdad y transgresión en mujeres rurales chilenas: Lecturas desde la interseccionalidad, género y feminismo. *Psicoperspectivas* 16 (2), 125-137.
- Chehuaicura, N., Thomet, M., y Perez, I. (junio de 2010). Identificación de criterios utilizados por especialistas tradicionales en la adaptación de la biodiversidad local en comunidades mapuche, Región de la Araucanía (Chile). Comunicación presentada en *Innovaion and Sustainable Development in Agriculture and Food- ISDtA, Cirad- Inra- SupAgro, Montpellier, Francia*.
- Contreras, R., Márquez, J. y Valdés, P. (2016). Proyección internacional de la Agricultura Familiar Campesina. Oficina de Estudios y Políticas Agrarias (ODEPA). Recuperado de <https://www.odepa.gob.cl/publicaciones/articulos/coyuntura-internacional-agricultura-familiar-campesina>
- Contreras, J. (2019). ¿Seguiremos siendo lo que comemos? En Álvarez, Antón y Esteban (Eds.) *Alimentación humana: enfoque biocultural*. (pp. 43-64). Barcelona: Anthropos Editorial.
- Coña, Pascual (2010). *Lonco Pascual Coña. Testimonio de un cacique mapuche*. Santiago: Pehuén.
- Cortés, J., Urra, R., Marqués, M. D. L. L., Becerra, R., Millapan, M. L., e Ibarra Eliessetch, J. T. (octubre de 2019). *Huerteando cultivo mi cultura: la huerta como espacio pedagógico de revitalización lingüística y cultural mapuche en la educación científica inicial*. Comunicación presentada en el I Congreso Chileno de Agroecología, *Agroecología: trascendiendo las prácticas hacia la sustentabilidad alimentaria*, Sociedad Científica Chilena de Agroecología (SOCLA Chile) y Universidad de La Frontera de La Araucanía, Pucón, Chile.
- Cortínez, V. (2016). Igualdad de género para el desarrollo territorial: experiencias y desafíos para América Latina. Serie documentos de trabajo N° 180. Grupo de Trabajo Inclusión Social y Desarrollo. Santiago: Rimisp.
- Cunill, P. (1970). *Geografía de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria
- De Cortillas, N. y Olea, R. (2023). *Conversatorio Ciclo de cine-foro Género y Territorios*, Instituto de Investigación Facultad de Ingeniería y Arquitectura, Universidad Central de Chile, 20 de octubre.
- De Luna, H. (2016). La mujer campesina latinoamericana y en Buen Vivir. *Revista San Gregorio*, 2, 64-77. doi: <http://dx.doi.org/10.36097/rsan.v0i0.91>
- FAO. (2014). *Agricultura Familiar en América Latina y el Caribe: Recomendaciones de Política*. Recuperado de <http://www.fao.org/3/i3788s/i3788s.pdf>
- Federici, S. (2020). *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes*. Buenos Aires: Tinta Limón Eds.
- Fernández, C., Pfaff, M., Candia, P. y Aguilar, R. (2019). Tradición y transformación de las huertas en los oasis del Desierto de Atacama. En Ibarra et al. (Eds.) *Huertas familiares y comunitarias: cultivando soberanía alimentaria* (pp. 83-92). Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Fonseca, A. (2019). Agricultura Familiar Campesina como alternativa de transición a un modelo de desarrollo inclusivo en Chile. *Revista Transformación Socio-Espacial*, 01 (01), 76-88.
- Galluzzi, G., Eyzaguirre, P. y Negri, V. (2010). Home gardens. Neglected hotspots of agro-biodiversity and cultural diversity. *Biodiversity and Conservation* 19 (13), 4-12. doi: 10.1007/s10531-010-9919-5
- García-Torres, M., Vázquez, E., Cruz, D. T. y Bayón, M. (2020). Extractivismo y (re)patriarcalización de los territorios. En Cruz & Bayón (Coord.) *Cuerpos, Territorios y Feminismos. Compilación latinoamericana de teorías, metodologías y prácticas políticas* (pp.23-43). Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Ibarra, J.T., Caviedes, J., Barreau, A., Pessa, N. y Urra, R. (2019a). Huertas familiares y comunitarias: refugios bioculturales para la soberanía alimentaria en el campo y la ciudad. En Ibarra et al. (Eds.) *Huertas familiares y comunitarias: cultivando soberanía alimentaria* (pp. 17-29). Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Ibarra, J.T., Barreau, A., Caviedes, J., Pessa, N. y Urra, R. (2019b). Huertas familiares tradicionales y emergentes: cultivando biodiversidad, aprendizaje y soberanía desde la interculturalidad. En Ibarra et al. (Eds.) *Huertas familiares y comunitarias: cultivando soberanía alimentaria* (pp. 141-165). Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Ilustre Municipalidad de Paine. (2014). *Plan de Desarrollo Comunal (PLADECO) 2015-2018*.
- Instituto de Desarrollo Agropecuario [INDAP]. (2014). *Lineamientos Estratégicos, periodo 2014-2018. Por un Chile rural inclusivo*. Recuperado de <https://bibliotecadigital.ciren.cl/handle/20.500.13082/26991>
- Instituto de Desarrollo Agropecuario [INDAP]. (2019). *Agricultura Familiar Campesina*. Recuperado de <https://www.indap.gob.cl/agricultura-familiar-campesina>
- Manzur, M. (2016). *Catálogo de Semillas Tradicionales Chile. Fundación Sociedades Sustentables (Chile Sustentable)*.
- Márquez, C. (2022). Documento de difusión para la comunidad de los principales resultados del Proyecto VCM 2021 UCEN "Caracterización y puesta en valor de los paisajes culturales agrícolas"

las de las localidades de Águila Sur y Norte (Paine) como marca de identidad territorial para su desarrollo sostenible". Santiago: Escuela de Arquitectura y Paisaje, Facultad de Ingeniería y Arquitectura, Universidad Central de Chile.

Márquez, C., Aránguiz, J. y Medina, J. (2022). Manual de Cultivo y guarda de variedades criollas de Paine: Semillas y saberes de cultoras y cultores como patrimonio biocultural. Santiago: Publicación financiada por el Fondo del Patrimonio Cultural, convocatoria 2020, del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural.

Márquez, C. y Teillier, S. (noviembre de 2023). Agrobiodiversidad florística como indicador de sustentabilidad en paisajes agrarios campesinos: Estudio exploratorio en Paine, RM. Comunicación (póster) presentado en el III Congreso Chileno de Agroecología, Construyendo territorios agroecológicos para la soberanía alimentaria y adaptación al cambio climático, Sociedad Científica Chilena de Agroecología (SOCLA Chile) y Departamento de Ciencias Agropecuarias y Acuícolas de la Universidad Católica de Temuco, Temuco, Chile.

Mellado, M. A. (2014). ¡Eran raíces! Relaciones sociales en las huertas familiares mapuche del Lago Neltume, Panguipulli (tesis de pregrado). Instituto de Estudios Antropológicos, Universidad Austral de Chile, Universidad Austral de Chile, Valdivia.

Millaleo, A. (7 de septiembre 2020). Resistencia desde El Fogón: pensando un feminismo mapuche. Mapuexpress. Recuperado de <https://www.mapuexpress.org/2020/09/07/resistencia-desde-el-fogon-pensando-un-feminismo-mapuche/>

Millaleo, A. (2022). Epu Püllü, Epu Pillan y otras temáticas sexo-afectivas en contexto mapuche: un acercamiento al Poyewün. Estudios atacameños 68, 14-68. <http://dx.doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2022-0014>

Muñoz-Sáez A., Albornoz, F. y Renwick, L. (2019). Agrobiodiversidad nativa ligada a pueblos indígenas y campesinos en Chile. En Ibarra et al. (Eds). Huertas familiares y comunitarias: cultivando soberanía alimentaria (pp. 49-61). Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.

Núñez, D. (2014). Malen ka anümkanwe, las mujeres pewenche y sus huertas (tesis de pregrado), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Recuperado de <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/135621>

Plissock, P. (2020). Análisis del estado actual de los ecosistemas terrestres, asociados a dos cuencas en Chile central: Maipo y Maule. Estudio realizado para Escenarios Hídricos 2030. Recuperado de <https://bibliotecadigital.ciren.cl/handle/20.500.13082/32390>

Portela, D. (2018). Patrimonio Cultural Inmaterial como Estrategia de Resistencia de La Agricultura Familiar Campesina en Paine (tesis de Magister), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Alberto Hurtado.

Quintreman, B. [entrevistada] (2013). El Mirador [programa de televisión]. Televisión Nacional de Chile. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=thVAb8wE9AQ>

Rincón, A.G., Vizcarra, Y. y Thomé, H. (2016). Prácticas espirituales, ecofeminismo y maíz nativo. El caso de las mujeres matlatzincas. En Bidaseca, K. (Comp.) Feminismos y poscolonialidad 2. Buenos Aires: Ediciones Godot.

Rioseco, R., Naranjo G. y Henríquez, M. (s/f). Sistemas agrarios de Chile. Instituto de Geografía, Universidad Católica de Chile. Recuperado de https://www7.uc.cl/sw_educ/geografia/sistemasagrarios/

Rivas Platero, G., Rodríguez Cortés A., Padilla Castillo, D., Hernández Hernández L. y Suchini Ramírez, J. (2013). Bancos Comunitarios de Semillas Criollas: una opción para la conservación de la agrobiodiversidad. Turrialba, Costa Rica: División de Investigación y Desarrollo Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE). Recuperado de: <https://repositorio.catie.ac.cr/handle/11554/7184>

Rodenas, A. (1 de octubre de 2021). La señora Zuny, guardiana de semillas y 'tesoro humano vivo' de Chile y del planeta. El país. Recuperado de <https://elpais.com/planeta-futuro/2021-10-01/la-senora-zuny-guardiana-de-semillas-y-tesoro-humano-vivo-de-chile.html>

Saavedra, M. y Ruiz, C. (2021). Valorización de la huerta mapuche y cultivos ancestrales. En Tapia, S.M. (Ed.) Tukukawe: cultivando con una mirada Labkence (pp. 89-117). Chillán: Instituto de Investigaciones Agropecuarias INIA.

Tinsman, H. (2017). La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena. Santiago: LOM Ediciones.

Trivero, A. (2014). Trentrenfilú. El mito cosmogónico fundamental de la cultura mapuche. Ediciones Tácitas.

Urta, R. e Ibarra, J.T. (2018). Estado del conocimiento sobre huertas familiares en Chile: agrobiodiversidad y cultura en un mismo espacio. Revista Etnobiología 16 (1), 31-46.

Urta, R. e Ibarra, J.T. (2019). Agrobiodiversidad en huertas familiares de Chile: un recorrido general de norte a sur. En Ibarra et al. (Eds). Huertas familiares y comunitarias: cultivando soberanía alimentaria (pp. 31-49). Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.

Wahren, J. y Schvartz, A. (2020). Buen vivir, naturaleza en disputa y movimientos sociales rurales: una crítica al desarrollo rural. Revista Científica Arandu, Año 2, N° 2.

Zagal, D. (2018). Reforma y Contrarreforma agraria en Chile central (1967-1985): La mujer campesina ¿Cambios permanencias en los roles de género? (tesis de Pregrado), Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago. Recuperado de <http://bibliotecadigital.academia.cl/xmlui/handle/123456789/4644>